http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

La conciencia de la "nacionalidad" en el *Túmulo imperial de la gran ciudad de México*

José Quiñones Melgoza
Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México

Veintiuno de septiembre de 1558. Ha muerto en España el emperador Carlos V (y I de Alemania, dicen). Una sombra de luto, como espesa neblina, cae sobre toda la parte de Europa cobijada por su imperio; y otra de alivio, abierta sonrisa, se desvanece como callado alborozo desde Francia hasta Inglaterra, pasando de Italia a Germania y de África a Asia. Cincuenta y ocho años de vida, bien vividos, cosechando triunfo tras triunfo. De Flandes a Francia y de Roma a Londres, yendo por Túnez, Argel, el Caribe, América del norte, del centro y del sur, sus capitanes y soldados sólo hablan de victorias y conquistas.

Poderoso y, como noble, indulgente, humano y compasivo, sostiene en sus manos, puestas como balanza, dos mundos, cuyo peso la enferma, y acaba rindiéndolos a los pies del Todopoderoso y Eterno, el Señor que le ha dado todo y a quien se ha esforzado en servir, como le sirven a él toda la cadena de vasallos (aduladores y buscadores de beneficios personales), en cuyos últimos eslabones fuertes y macizos van atados los indios miserables de América, que horrorizados e incrédulos, como si fuera un crimen la ignorancia de verdades que desconocen, acaban, sumisos, cubriéndose la cara con la cruz. Dos años de retiro en el monasterio de Yuste, pálido, demacrado y carcomido por la enfermedad, le bastan para enterar de sus quehaceres y negocios a su Dueño increado; e impávido y tranquilo entrega allí su último aliento.

Un año después, tarde de otoño y radiante y clara, sobre el montículo, donde se alza el convento de san Francisco de la ciudad de México, y

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

desde donde se domina el amplio contorno apeñuscado de edificios, un hombre de poco más de cuarenta años pasea por el interior de la capilla de san José, anexa al convento. Revisa paredes, columnas y frontispicios, y anotando cuidadosamente en un cuaderno ajado y de hojas amarillentas cuanto observa, atraviesa el patio continuo y, meditante, se detiene para contemplar la ciudad, sobre la cual se descuelgan las primeras tinieblas de la noche.

¿Lo reconocéis? Es el maestro Francisco Cervantes de Salazar. Su porte grave, su andar discreto, su vista penetrante y su ensimismamiento, auguran que está recordando su llegada a la Nueva España y, a la vista de la universidad, su discurso latino de inauguración, hacía ya seis años, y en ella misma sus posteriores lecciones de retórica, de las cuales hoy, como cronista imperial, se haya separado para dedicarse a escribir (describiendo) la solemnidad de las exequias carolinas con el título de *Túmulo imperial de la gran ciudad de México*.

Estamos en 1559. Han pasado los años de los espesos sudores en evangelización. El adoctrinamiento masivo en la religión cristiana se ha ido replegando a los sitios más alejados de la gran Tenochtitlan. La universidad hace funciones normales de enseñanza, la imprenta va publicando obras de interés político, social y, desde luego, científico y docente. Florecen aquí y allá los conventos y las iglesias, y el gobierno virreinal tranquilo y complaciente se esfuerza por mejorar la situación urbana y las condiciones sanitarias de esa población asentada en el mayor islote del lago.

Por tal año, desde luego, los límites, extensión, riquezas y recursos del dilatado territorio de la Nueva España apenas comienzan a ser conocidos por los habitantes de la metrópoli novohispana. Cuentos y fábulas abundan, pero nunca para todos un saber de contacto físico y real. Se ve que es muy temprano todavía para que una idea de patria y nacionalidad, estilo jesuitas expulsos del siglo XVII, pueda tomar cuerpo, forma y sustento; pero considero, como se verá adelante, que el germen de una manifiesta singularidad en cuanto a Nuevo Mundo, ciudad de México y ciudadanía ya está bullendo excitada en la parte humanística y más liberal de esa compacta multitud de avencidados colonos. No es, claro está, ni se

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

trata de una conciencia total de nacionalidad. Subyace, es cierto, allí, en esa singularidad; pero como un aspecto parcial de ella. Dicho aspecto se irá ampliando poco a poco en sus contornos hasta abarcar límites y conceptos completos sobre una territorialidad considerada ya propia, y a la cual se ama de tal modo que es preciso defenderla contra la calumnia y la mala fe de los envidiosos, descontentos y engreídos extranjeros.

En otro lugar,[1] establecía yo que Cervantes de Salazar ve en la descripción del *Túmulo* que la sociedad española de su tiempo (y él forma parte de ella) se halla regida por dos principios fundamentales del humanismo cristiano: uno, que Dios es el principio y el fin del hombre; y otro, que toda autoridad detentada por el hombre proviene de Dios. En esta sociedad ideológicamente así conformada (colocado primero Dios, como principio, a la cabeza y luego, a la zaga de él, como importantes también para servirlo, los intereses personales y los satisfactores humanos), la cadena de servidores va desde el rey hasta el último súbdito ganado en las conquistas recientes de los territorios de ultramar.

El rey sirve a Dios; al rey, el virrey; al virrey, el Cabildo; al Cabildo, Cervantes de Salazar; a Cervantes de Salazar, sus criados, porción de esa gran masa sin rostro que, siendo súbditos, habrán de servir al rey y por el rey, a Dios, cosa que se logrará fácilmente por medio de dos ejemplos necesariamente indispensables para conseguirlo: uno, el que dan para que sea imitado por los naturales, todos los sumisos servidores españoles; el otro, el que ofrece el propio emperador, presentado como paradigma de todas las virtudes, razón por la cual, además de imitarlo, se le debe merecidamente amar y servir.

A mostrar esto último va encaminada centralmente la crónica descriptiva del *Túmulo*. En ella se observa cómo la capa superior de esa cadena de servidores sirven y aman a su principal señor temporal. Servicio que básicamente consistirá en alabarlo, hiperbolizando para ello sus hazañas, y en pregonar por panegíricos el constante ejercicio que hace de su dote de virtudes. Mas antes de que lea la exposición de sus grandezas, que de modo consciente reservé para el final, oigamos y analicemos cómo a través de la infonía de elogios se filtra de manera muy clara el gusto

1. Ver José Quiñones Melgoza, "Poesía neolatina mexicana del siglo XVI: El *Túmulo imperial de la gran ciudad de México*", en *Memorias del IV encuentro nacional de investigadores de la filosofía novohispana*, Aguascalientes, UAA/IIF UNAM, 1992, pp. 232-240.

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

singular, ya muy propio del habitante novohispano, de exaltar cuanto hace (diferente de Europa) el Nuevo Mundo, lo eximia que es la ciudad de México, y cómo se piensa que todos, naturales y españoles, son ya ciudadanos de una nueva entidad urbana distinta, de la cual orgullosamente presumen: que la ciudadanía española, que por derecho y conquista les pertence, la han abandonado voluntariamente para adquirir otra, la mexicana, de momento sólo referida a la ciudad, que es lo que distinta y claramente bien conocen.

Ese contraste que se da entre lo de allá (España) y de lo acá (Nueva España y ciudad de México) permite apreciar que se está gestando desde temprano un nuevo enfoque diferencial de sentimientos que a lo largo de la colonia producirá finalmente la concepción completa de una territorialidad y nacionalidad mexicana.

No sólo será Cervantes de Salazar quien manifieste esa singularidad, esa diametral diferencia entre los dos mundos, esa uniquidad de lo hecho, esa conciencia de ciudad eximia y esa aceptación de ciudadanía mexicana como propia, sino será el mismo virrey, don Luis de Velasco, quien con plena conciencia de que el túmulo, hecho para las exequias del emperador CarlosV, es único y diferente, dice en su licencia de impresión, que bajo su mandato se recopilaron "las cosas que en dichas honras se hicieron: y porque quede memoria dellas he mandado se imprima en molde". Será también el oidor de la Real Audiencia, don Alonso de Zurita, quien así lo exprese en su advertencia preliminar, *al prudente lector*:

> porque todos pueden justamente dar ventaja al Túmulo o Monumento, y a lo demás que en este oficio funerario de la Majestad del Emperador, nuestro señor, el Ilustrísimo virrey de esta Nueva España, y *esta insigne y muy leal ciudad de México* hicieron, que cierto fue de tanta pompa y majestad que podemos bien decir que "todo trabajo es inferior y cede al túmulo del César" Y que "la fama habla, en vez de muchas, de una sola y única obra".[2]

Y finalmente serán todos aquellos que compusieron los versos y las prosas latinas. Esa comunidad superior que, además de pregonar los

2. *Omnis Caesareo cedat labor Amphiteatro. Vnum pro cunctis fama loquatur opus.*

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

triunfos, las virtudes, la grandeza, el heroísmo y la inmortalidad del monarca español Carlos V (como se verá en el *Epitafio* y el *Diálogo*), ya en sí se siente y se sabe diferente, y ve también una sociedad diferente a la de España, compuesta de diferentes ciudadanos: ciudadanos mexicanos.

Epitaphivs

Gestis Caesaris longe inferior qui mirabundus tumulum spectas, quem Mexicani cives *pro facultate superbum, ex gratitudine et pietate ei posuere, si non molestum est, quae de ipso (ut melius audias) resonem, ausculta. Edisces enim, quod improbus nunquam intelligit virtute cuncta inferiora esse. Iacet hic ergo Carolus quintus Imperator, Caesar Augustus, Maximus, Indicus, Turcicus, Africanus, Germanicus qui post in orbe veteri ingenti illata clade Turcam, potentissimum et acerrimum Christianae Reip. hostem profligatum arcem Goletan et Tunetum Orben captas, domitos ac subactos in Germania Federicum Saxonem et Philipum Hessum, aliosque principes imperii rebelles, ne quid detrimenti (uti coeperat) divinus cultus pateretur: superatos in ea re labores multos, incredibili prope facta expensa, Dragutem Turcum, christianis omnibus infestissimum, repressum et fugatum Franciscum Gallorum regem devictum et in Hispaniam ductum, servatas Parmam et Plasentiam, Gallis ab Insubria pulsis, Guillermum Clevensen Gallicarum partium sectatorem sub jugum missum et humaniter habitum. In orbe autem novo, post per ejus legatos inventas insulas illustratas, Novam Hispaniam et Piru, regiones tam longe lateque patentes (ut merito novus orbis nuncupentur) promulgatam et longissime protensam legem evangelicam, Tabalibam et Monteccumam, hunc Novae Hispaniae, illum Piru reges, plusquam dici queat, tum argenti aurique vi, tum subditorum multitudine potentes in ditionem, no sine maximo ipsorum commodo redactos, eversam idolatriam, inductum civilem cultum, praeposteran Venerem, carnis humanae esum, innocentium interitum, durissimam tyrannidem, et nefanda id genus alia scelera e medio sublata. Post denique in utroque orbe omnium virtutum plurima et maxima documenta edita, et quod ante ipsum princeps nullus fecerat, e Flandria in Hispaniam reversus, Phillippo haeredi filio omne suum imperium traditum, privatus in coenobio Hieronymitarum, tranquillissime per fere biennium,*

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

ad id religione suadente, vitam traducens, sanctissime ultimum diem clausit. Habes quae sum pollicita; jam abi, ac quod debebas, vivo, modo Carolo persolve mortuo.

Epitafio

Tú que boquiabierto contemplas el catafalco del César, muy inferior a sus hechos, aunque soberbio en factura, el cual piadosos y agradecidos le erigieron *los ciudadanos mexicanos*, escucha, si no te molesta, lo que de él mismo a trompeta (para que lo oigas mejor) anuncio. Aprenderás, por cierto, lo que nunca entiende un malvado, que todo es inferior a la virtud. Aquí, pues, yace el emperador Carlos V, llamado César Augusto, Máximo, Indiano, Turco, Africano y Germánico, quien luego de destrozar en el Viejo Mundo, provocando una gran matanza, al turco, poderoso y acérrimo enemigo de la iglesia cristiana; de capturar la fortaleza de la Goleta y la ciudad de Túnez; de vencer y suybyugar en Alemania a Federico de Sajonia, a Felipe de Hesse y a otros príncipes rebeldes, para que (si es que comenzaba) ningún detrimento sufriera el culto de Dios, se sabe que superó en tal empresa muchos trabajos, hazañas de un gasto casi increíble; que contuvo y expulsó al turco Dragut, funestísimo a todos los cristianos; que venció por entero a Francisco I, rey de Francia y lo condujo a España; que cuidó de Parma y Piacenza, y que, expulsados los franceses del territorio insubrio, subyugó y trató humanamente a Guillermo de Cléves, partidario de los franceses. Por otra parte, luego de descubrir en el Nuevo Mundo a través de sus enviados varias islas famosas, la Nueva España y el Perú, regiones tan larga y ampliamente extensas (que merecidamente se llaman Nuevo Mundo); de difundir muchísimo el Evangelio; de someter, no sin la mayor ganancia de los mismos sometidos, a Atahualpa y Moctezuma, rey uno de la Nueva España y el otro del Perú, poderosos en su imperio, más de lo que puede decirse, tanto a causa de la plata y de oro como por la gran cantidad de sus súbditos; de abolir la idolatría, y de introducir la civilización, desterró de entre esa nación la homosexualidad, la comida de carne humana, la muerte de inocentes, la cruel tiranía y otros nefandos crímenes. Final-

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

mente, después, en ambos continentes, publicó muchísimos y grandísimos documentos sobre todas las virtudes y, cosa que antes que él mismo ningún emperador había hecho, de regreso de Flandes a España, entregó a Felipe, su hijo heredero, todo su imperio, y recluido, a lo cual lo persuadía la religión, en el monasterio de los monjes jerónimos (Yuste), donde vivió muy tranquilamente por casi dos años, acabó santísimamente su último día. Tienes lo que te prometí, márchate ya, y lo que a Carlos, estando vivo debías, págaselo ahora, muerto.

Dialogus inter mortem et famam

Mors: ¿Quid tu resonas?
Fama: Quae nec ego satis referre, nec tu celare unquam poteris.
Mors: ¿Nonne cuncta mecum concidunt?
Fama: Quae ea lege sunt nata ut intereant.
Mors: ¿Quae tu ergo predicas?
Fama: Invictissimum Carolum.
Mors: At is victus, meo occubuit telo.
Fama: Occubuit, ne quis relinqueres in terris maximum: verum vivet semper inmortalis.
Mors: Enigma dicis.
Fama: Solvam facile.
Mors: Expecto quid velis.
Fama: Vixit Caesar (si admirandam ejus virtutem spectes) sibi et suis. Sed quoniam induerat corruptionem, mortuus est: nunquam in amplius moriturus.
Mors: Obtinuisti: jam perge, nam meum in virtutem et animum imperium nos extenditur.

Diálogo entre la muerte y la fama

Muerte: ¿Qué, a trompeta, tú anuncias?
Fama: Lo que ni yo puedo decir ni tú podrás nunca ocultar.
Muerte: Pues, ¿qué? ¿No acaba, acaso, todo conmigo?

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

Fama: No, sólo aquello que por ley nació para perecer.
Muerte: ¿Qué es entonces lo que tú pregonas?
Fama: Pregono a Carlos, el nunca jamás vencido.
Muerte: ¿A quién? ¿Ignoras que él sucumbió vencido por mi guadaña?
Fama: Cierto, mas sucumbió para que nada tan grande dejaras en la tierra; sin embargo vivirá siempre inmortal.
Muerte: ¿Estás diciendo un enigma?
Fama: Sí, y te lo resolveré fácilmente.
Muerte: Ignoro qué pretendes.
Fama: Esto: que el César vivió (si ignoras que debe admirarse su virtud) para sí y para los suyos; sin embargo, puesto que se había vestido de corrupción, está muerto, y hoy, libre de ésta, ya nunca jamás morirá.
Muerte: Me venciste, ni modo: ya márchate, pues mi poder no alcanza a destruir ni su virtud ni su esfuerzo.

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas